

Abelardo Villegas

LENIN Y LA REVOLUCION CUBANA

La comparación entre algunos puntos centrales de la teoría leninista y algunos aspectos de la ideología de la revolución cubana arrojará evidentemente muchas diferencias. Y tiene que ser así puesto que el leninismo tiene un fuerte carácter pragmático que lo vincula en gran medida a la circunstancia soviética, y la revolución cubana se encuentra ya a gran distancia de esas dos primeras décadas en que Lenin concienzuda y laboriosamente preparó la revolución rusa. Castro, sin embargo, calificó a la cubana de una revolución marxista leninista, y es obvio que el leninismo trasciende la particularidad de su tiempo y de hecho se convierte en motivación y justificación de otros movimientos políticos diferentes del que les dio origen. Si encontramos diferencias, pues, nos servirán para entender mejor la ruta de la revolución cubana; si encontramos identidades serán ellas una prueba de la vitalidad y vigencia del marxismo leninismo.

Desde luego, cualquier referencia a la revolución cubana tiene que tomar en cuenta un marco general constituido por el hecho de que ella consiste en la implantación del socialismo en una sociedad subdesarrollada; que por esto su problema central no es sólo el reparto de la riqueza sino su producción misma; y que en lo económico se encuentra en una etapa que algunos teóricos bolcheviques llamaron de *acumulación primitiva del socialismo*, en que la población, mediante la restricción del consumo y la intensificación del trabajo, tiene que acumular un volumen de capital que permita al país industrializarse y superar su condición agraria y monoprodutora, faena que no puede ser sustituida por ninguna ayuda exterior. Esta característica ayudará a comprender muchas ideas que aquí se citan y otros hechos a los que después aludiremos.

1. A pesar de que cuando Bertrand Russell conoció a Lenin le pareció "extraordinariamente desprovisto de egoísmo, una teoría viviente", que encontró que "la sangre que le vitaliza es la concepción materialista de la historia" y que parecía "un profesor en su deseo de hacer comprender la teoría y en su furia contra los que la entienden mal o la rechazan, y también en el amor con que la expone";¹ a pesar de eso, tenía una extraordinaria ductilidad de pensamiento y con frecuencia sus observaciones empíricas le hicieron cambiar de punto de vista. No tiene nada de extraño, por tanto, que, dentro de los lineamientos generales del marxismo, reconociera una diversidad de rutas posibles, y que insistiera en ello incluso en momentos decisivos de la revolución rusa. En 1924 escribió: "Todas las naciones llegarán al socialismo, esto es inevitable, pero todas llegarán de modo diferente, cada una aportará cierta originalidad en tal o cual forma de democracia, en tal o cual variedad de dictadura del proletariado, en tal o cual ritmo en las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social. No hay nada más pobre en el aspecto teórico y nada más ridículo en el aspecto práctico que 'en nombre del materialismo

histórico', imaginarse el futuro de esa manera, pintado de un uniforme color grisáceo: eso sería tener una imaginación muy pobre y torpe."²

Se complacía en citar a Engels cuando éste dice que el marxismo no es un dogma ni una fórmula sino una guía para la acción. De este modo, un movimiento marxista leninista como la revolución cubana puede seguir su propia ruta —como ha ocurrido en efecto— sin necesidad de tener que seguir a la letra tales o cuales enunciados, incluso porque, como decía el propio Lenin, el internacionalismo socialista no consiste en que "un país joven únicamente puede desarrollarse con éxito a condición de que aplique la experiencia de otros países. Para ello no basta conocer simplemente esta experiencia o copiar las últimas resoluciones adoptadas; para ello es necesario saber asumir una actitud crítica frente a esta experiencia y comprobarla por sí mismo".³ Esto es, justo, lo que ocurre con los ideólogos cubanos, incluso cuando comentan una frase tan fundamental del leninismo, como la de que "sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario".⁴ El Che Guevara dice, por ejemplo, que puede distinguirse una "interpretación" de una teoría, "que la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella *aun sin conocer la teoría*".⁵ Con ello, creemos, quiere decir fundamentalmente dos cosas; una, que la revolución cubana no tuvo previamente un *corpus* teórico tan extenso y detallado como la revolución rusa, incluso nada parecido; y otra, que a pesar de ello pudo interpretar en forma práctica, con una interpretación hecha actividad, los distintos factores de la realidad. Así, la interpretación cubana estaría más cerca de un *hacer* que de un *saber*. Por otra parte, la situación de los cubanos sería muy diferente de la de los rusos; aquéllos se encuentran con una doctrina ya hecha, en todos sus detalles, como un físico se encuentra la doctrina de Newton o un biólogo la de Pasteur. Por tanto, se reconocen "las verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y científico de los pueblos"; es evidente "que si nuevos hechos determinan nuevos conceptos, no se quitará nunca su parte de verdad a aquellos otros que hayan pasado".⁶ La doctrina está hecha y sobre ella pueden montarse nuevos conceptos y nuevas experiencias, como lo previó Lenin.

Por esta razón también es visto de modo diferente el papel del intelectual en la revolución; Lenin, por ejemplo, le asignaba al intelectual revolucionario nada menos que la tarea de formar la conciencia de clase del proletariado; en su célebre opúsculo *¿Qué hacer?* rechaza la tendencia de los socialdemócratas "economistas" a confiar en la espontaneidad del proletariado. "La historia de todos los países atestigua que la clase obrera exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condición de elaborar una conciencia tradeunionista", es decir, sindicalista, en los mismos

términos en que la ideología burguesa admite la lucha sindical. "En cambio la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, los intelectuales." Incluso Marx y Engels pertenecían a esas clases. "De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del ascenso espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas".⁷ El problema era hacer coincidir al proletariado con la conciencia socialista haciéndole notar que esta teoría era *la suya* en el sentido de que comprendía más hondamente sus problemas y postulaba las soluciones factibles históricamente hablando. Los obreros podían participar en la elaboración de esta teoría pero lo harían en cuanto intelectuales como los Proudhon y los Weitling.

En cambio el Che Guevara hace notar el carácter pragmático de los que iniciaron la revolución cubana, ésta, dice, "toma a Marx donde éste dejara la ciencia para empuñar el fusil revolucionario"



y no lo hace por espíritu de revisión o por un prurito de puerza "porque hasta allí Marx, el científico, colocado fuera de la historia, estudiaba y vaticinaba. Después Marx revolucionario, dentro de la historia, lucharía. Nosotros, *revolucionarios prácticos*, iniciando nuestra lucha, simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico", "las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la revolución cubana independientemente de que sus líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes".⁸

Por otra parte, es evidente que el carácter socialista de la revolución cubana sobrevino tan sorpresivamente, con un acento tan pragmático que los intelectuales cubanos casi nada pudieron hacer. En 1958 todavía Fidel Castro afirmaba: "Quién ha hablado en el Movimiento 26 de Julio de nacionalizar o socializar las industrias. Ese es sencillamente un temor estúpido hacia nuestra revolución."⁹ Y en 1959 todavía no era suficientemente claro; la revolución postulaba una democracia humanista, y "humanismo quiere decir que para satisfacer las necesidades materiales del hombre no hay que sacrificar los anhelos más caros del hombre, que son sus libertades; y que las libertades esenciales del hombre nada significan si no son satisfechas también las necesidades materiales de los hombres. Humanismo significa justicia social con libertad y derechos humanos."¹⁰ Quien pudiera percibir detrás de estas palabras la teoría marxista leninista tendría que ser un buen adivinador.

Lo cierto es que los intelectuales cubanos se han sentido a la zaga del movimiento, incluso aquellos que sinceramente han querido incorporarse a él. Esta mala conciencia se ha manifestado recientemente en un simposio ocurrido con motivo de los diez años de la revolución cubana. Allí se constató que la desaparición de la "base material" no ha implicado la de la superestructura; que a pesar de que la revolución no ha querido crear un grupo de intelectuales privilegiados evitando su apartamiento de la masa y proporcionándoles un "baño social", persiste el intelectual en una "sociedad intelectual"; y se teme que también persista subyacente o soterrado "aquel falso sentimiento de ser un grupo de poder, mediante la alineación que proporcionan las diferencias culturales."¹¹

Y respecto del encuentro del intelectual con el proletariado, todavía habría mucho que decir si en relación a éste último no fuera necesario hacer algunas aclaraciones. Pero éstas deben partir del carácter mismo de la revolución cubana.

2. No sólo Fidel Castro ha tenido vacilaciones para definir su revolución, el mismo Lenin, reunido el 22 de enero de 1917 con la juventud socialdemócrata de Zurich, casi en vísperas de partir para Rusia, vaticinó la revolución socialista, pero según lo cuenta su esposa Krupskaja en la obra que hemos citado, terminó su



intervención lamentando que su generación jamás vería ese tipo de revolución.

Después cambió completamente de opinión, y en sus famosas *Tesis de abril*, de 1917, caracterizó la revolución que tenía por delante. Este cambio de opinión fue fundado más en la observación empírica que en la teoría. De acuerdo con esta última, entre la situación semifeudal y pseudoindustrial de Rusia y el socialismo se interponía, o debiera interponerse, la revolución democrático burguesa. Y ése era incluso el criterio de muchos bolcheviques. El socialismo surgía de las contradicciones de la última etapa del capitalismo, del capitalismo perfeccionado, y Rusia estaba muy lejos de haber alcanzado esa etapa. Pero en esta ocasión Lenin desechó la teoría e hizo gala de un voluntarismo que es también muy típico de su doctrina. Contra los que pensaban en la consumación previa de una revolución burguesa, Lenin sostuvo “que el marxista debe tener en cuenta la vida misma, los hechos exactos de la realidad” y que como toda teoría “únicamente traza, en el mejor de los casos, lo fundamental, lo general, y sólo de un modo aproximado abarca toda la complejidad de la vida”.¹² Era necesario desechar la teoría “de ayer”, “el modo antiguo” del marxismo porque —y aquí citaba el revolucionario bolchevique a Goethe— “la teoría es gris, amigo mío, pero el árbol de la vida es eternamente verde”.¹³ Y la vida no pedía ya la consumación de la revolución burguesa, pues en un mismo acontecimiento se entrelazaban la dominación burguesa y la dominación proletaria; el gobierno de Kerenski era burgués, pero el proletariado tenía el poder de hecho y lo estaba entregando voluntariamente a su enemigo. No existía en ese momento ni una policía ni un ejército separados del pueblo, ni una burocracia con un poder ilimitado sobre el pueblo; era ésta una situación parecida a la de la Comuna de París. La revolución proletaria estaba, pues, a la orden del día; el partido socialdemócrata, que debía ser llamado en adelante Partido Comunista, debía rechazar cualquier gobierno de coalición con la burguesía e iniciar el tránsito a la dictadura del proletariado.

Como todo mundo sabe, el partido bolchevique y un grupo selecto de obreros y soldados dirigieron la insurrección contra el gobierno burgués. Lenin, aunque planteaba la necesidad de repartir la tierra y aun de nacionalizarla, consideraba al proletariado como la clase revolucionaria por antonomasia, pero además creía que el partido debía ser la vanguardia de esa clase. Y así fue, en efecto, como funcionó en las primeras etapas de la revolución rusa; pero no ocurrió lo mismo con la revolución cubana; por eso al asumir la doctrina leninista se ha visto en apuros para definir su “vanguardia”. El Che Guevara, por ejemplo, afirma, naturalmente, que cuando la masa “todavía dormía”, la guerrilla fue “su vanguardia, su motor impulsor”, “generador de la conciencia revolucionaria”.¹⁴ Pero, además, la clase revolucionaria fue la campesina,

como no se cansa de repetirlo en sus trabajos sobre *La guerra de guerrillas* y *Pasajes de la vida revolucionaria*.

En otras ocasiones el Che se refiere al Partido Unido de la Revolución como la vanguardia de la transformación socialista; de modo que así se distinguirían dos vanguardias: una, la guerrilla, y otra el Partido ya en la época de la construcción. Ello ocurre así por una aplicación *a posteriori* del leninismo; el Partido Comunista de Cuba no participó en la lucha contra Batista, incluso su pasado no estaba del todo limpio pues se había aliado al dictador en su primera presidencia durante los años de la guerra, como lo hicieron con todos los gobiernos latinoamericanos, democráticos o no, siguiendo las directivas soviéticas. Este Partido creado después de la lucha serviría, según Guevara, para quemar etapas y advenir más rápidamente al socialismo.

También en esta segunda etapa cambia el criterio respecto a la clase con mayor potencial revolucionario. En la *Segunda Declaración de La Habana*, Castro reconoció el empuje del campesinado, pero agregó que se trata de una clase que, “por el estado de incultura en que la mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria”.¹⁵ Y aunque se refería en general al campesinado latinoamericano resultaba evidente que la experiencia cubana era opuesta a lo afirmado: la guerrilla no había sido de intelectuales y la intervención campesina había sido decisiva para su triunfo.

Y respecto a la necesidad de que las revoluciones latinoamericanas sean socialistas, inclusive la cubana, también se dicen cosas muy interesantes. Castro, en la ya citada *Segunda Declaración de La Habana*, rechazó la posibilidad de que la burguesía asumiera un papel revolucionario. La burguesía nacional, dice el líder cubano, aunque posee intereses opuestos a los del imperialismo yanqui no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperalista, “paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas”.¹⁶ Pero los cubanos estuvieron todavía más radicales en su informe a la primera reunión de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad): mientras Castro en el citado documento y en otros, como *La historia me absolverá*, habla de una burguesía nacionalista con capas progresistas que pueden coadyuvar a la revolución latinoamericana, el informe a la OLAS es terminante: señala que en Latinoamérica no ha habido nunca una revolución burguesa, pues los burgueses se unieron a los terratenientes semif feudales y a las corporaciones eclesiásticas y militares y sólo se transformaron radicalmente en el orden de las ideas. Actualmente es una clase intermedia entre el capital y los pueblos explotados, y aunque tiene contradicciones con el imperialismo, “las mismas se desarrollan en base a una situación de completa subordinación y vasallaje. La burguesía intermedia



Diego Rivera:
Lenin (Fragmento del mural *El hombre domina el universo mediante la técnica*)
Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México, D.F.

latinoamericana no es independiente ni podrá jamás enfrentarse al imperialismo".¹⁷

Este rechazo radical estaría más cerca del leninismo que la posición de Castro cuando éste propone el establecimiento en Latinoamérica de una especie de frente popular de cepa staliniana; en la lucha antifeudal y antimperalista, dice, "es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la *pequeña burguesía* y las capas más progresistas de la *burguesía nacional*", en ese "amplio movimiento" pueden luchar juntos diversos tipos de gentes, "desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra".¹⁸ Es evidente, entonces, la fluctuación: por un lado se desecha la posibilidad de una revolución democráticoburguesa, y por otro, se establece la posibilidad de incluir una burguesía progresista en la lucha. Esto último habría sido rechazado por Lenin, pero, probablemente, la política soviética ha influido para suavizar este radicalismo. Y quizá no sólo ella sino una mirada penetrante a la realidad latinoamericana y una vieja tradición del continente.

Otro aspecto digno de notarse es que mientras el leninismo veía a la revolución rusa muy ligada a una probable revolución alemana o inglesa, el internacionalismo de la revolución cubana está muy ligado a la idea de una revolución latinoamericana; pero mientras Lenin concebía a la revolución alemana, por ejemplo, como una lucha de clases en el interior de un país más desarrollado que Rusia, los cubanos no tienen más remedio que poner el acento en el carácter antimperalista de la revolución latinoamericana; ésta se la concibe como una lucha contra el imperialismo norteamericano y contra los grupos nacionales ligados a él. Incluso hay la explicación dada por Sartre de que el radicalismo de la revolución cubana no es sino una respuesta obligada a las reiteradas presiones norteamericanas. Sería la pura presencia de los Estados Unidos y la cerrada defensa de sus intereses la que obligaría a los revolucionarios latinoamericanos a radicalizarse cada vez más.

Por otra parte, el internacionalismo latinoamericano no sería nuevo, en la OLAS se presentó al movimiento contemporáneo como una nueva floración del bolivarismo, o como la prolongación del juarismo que rechazó el imperialismo francés, o de las ideas antimperalistas de José Martí. Se dice que así como en 1810 casi todos los pueblos latinoamericanos se levantaron para desechar el coloniaje, se presentaría ahora una situación similar en la medida en que los Estados Unidos imponen en todos nuestros países una situación de explotación y subordinación. Por esa razón, las bases para un movimiento unánime estarían dadas. "No se ha conocido jamás, dice el documento de la OLAS, un grupo tan numeroso de pueblos, con una población tan grande y un territorio tan extenso, que mantenga, sin embargo, culturas tan parecidas, intereses tan



similares y propósitos antimperalistas idénticos. Cada uno de nosotros se siente parte de nuestra América. ¡Así lo aprendimos de nuestra tradición histórica; así nos lo legaron nuestros antepasados, así nos lo enseñaron nuestros próceres!"¹⁹

3. También es oportuno comparar la teoría del Estado de Lenin con la experiencia cubana. Como se sabe, para Lenin, como para Marx, el Estado es un órgano de dominación de una clase sobre otras; la revolución rusa no podría todavía encaminarse a la "extinción" del Estado sino a una etapa intermedia de creación de un Estado proletario, de un Estado donde el proletariado estuviera organizado como "clase dominante" y la clase reprimida fuera la burguesía. Sería, pues, la dictadura del proletariado, pero una dictadura entendida de la siguiente manera: "el Estado de este periodo debe ser inevitablemente un Estado *democrático* de una manera nueva (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial de una manera nueva (contra la burguesía)".²⁰ Democracia proletaria y dictadura antiburguesa.

En cambio la "extinción" del Estado se realizará cuando se destruya toda la representación y el pueblo por sí mismo controle los resortes económicos, haga la legislación y la ejecute. El Estado, dice Lenin, no se puede abolir, tiene que extinguirse y el camino

para llegar a esta extinción es esa participación progresiva y total del pueblo. Al armarse los trabajadores extinguirán al ejército profesional, los funcionarios del Estado serán nada más ejecutores de la directivas proletarias, meros "inspectores y contables" responsables, amovibles en todo tiempo y retribuidos modestamente como simples obreros especializados. Este será el comienzo de la creación de un orden, "orden sin comillas" que no se parecerá nada a la esclavitud asalariada y en el que "las funciones de inspección y contabilidad, cada vez más simplificadas, se ejecutarán por todos siguiendo un turno, acabarán por convertirse en costumbre, y por fin desaparecerán como funciones *especiales* de una capa especial de la sociedad".²¹ Así la intervención del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un aspecto tras otro de esa sociedad. El gobierno y la violencia sobre las personas —que es la esencia del propio Estado— será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de la producción.

Creemos que estas ideas de Lenin han influido considerablemente en la revolución cubana, pero no en sí mismas sino en el violento contraste que hay entre ellas y la realidad soviética. Es evidente que la etapa transitoria de la dictadura del proletariado se ha prolongado demasiado en la Unión Soviética; que el Estado, en vez de extinguirse paulatinamente se ha endurecido y vigorizado cada vez más; que la participación masiva de los trabajadores en las directivas de la producción y de la política ha sido sustituida por un grupo de políticos y técnicos que han formado una burocracia, corporación tan escarnecida por el leninismo original; y que las funciones administrativas en vez de simplificarse se han tecnificado y complicado de manera extraordinaria. Empero, las directivas leninistas siguen reiterándose en la retórica oficial.

Herbert Marcuse comenta al respecto que lo absurdo de la situación soviética tiene una base objetiva, refleja una "situación histórica en la que la realización de las promesas marxistas sólo es mencionada para ser de nuevo diferida, y en la que las nuevas fuerzas productivas son utilizadas una vez más como instrumentos de represión productiva". Marcuse analiza la estructura de esta retórica y dice que a pesar de tener forma de enunciados, no contiene más verdad que la de los anuncios o las órdenes; por la forma de ser enunciada dicha retórica actúa como si la asociación de determinadas ideas produjera realmente un conjunto de hechos vinculados entre sí. Tiene, pues, un carácter mágico y ritualista, por eso, añade Marcuse, "el lenguaje ritualizado preserva el contenido original de la teoría marxista como una verdad que debe ser creída y ejecutada por encima de toda prueba en sentido contrario: la gente debe actuar, sentir y pensar como si su Estado constituyera en la realidad esa razón, libertad y justicia que la ideología proclama, y el ritual tiene como objetivo asegurar tal conducta".²²

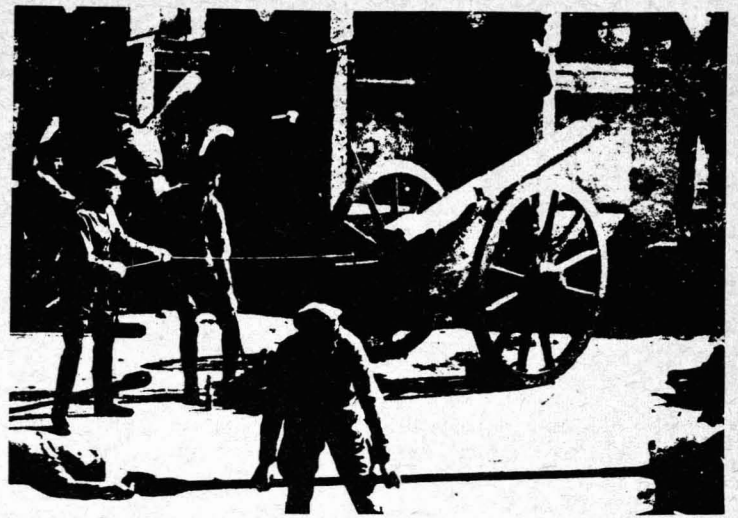
Desde luego, los ideólogos soviéticos justifican abundantemente



esta situación: la teoría leninista tenía como uno de sus supuestos el que la revolución proletaria se extendería por toda Europa; que no hubiera sido así obligó al desarrollo del socialismo "en un sólo país", pero un sólo país bloqueado y amenazado por enemigos muy poderosos. La necesidad de que la atrasada Rusia se pusiera al nivel técnico, económico y militar de sus enemigos, obligó al centralismo y la represión como únicos modos eficaces de resistir y sobrevivir. La Unión Soviética buscó una "tregua", ya anunciada por Lenin, para pasar después a la vía del socialismo. El stalinismo, en consecuencia, sería transitorio y preparatorio de etapas superiores.

Empero, esta explicación no hace más que abrir una nueva aporía; el capitalismo se ha reorganizado y los países socialistas se encuentran con el hecho —aun no admitido en la doctrina— de que tienen que coexistir con él, cuando menos durante una etapa cuyo fin aún no está a la vista. Esta coexistencia obligaría, en la medida en que es coexistencia conflictiva, a una prolongación, también indefinida, de esta etapa que se consideró provisional.

Y ésta es justamente, y en forma radical, la situación de la revolución cubana. Muy cerca del máximo enemigo del socialismo, subdesarrollada, viviendo bajo una permanente amenaza, la revolución estaría objetivamente más cerca del stalinismo que del modelo leninista del Estado. Sin embargo, se advierte en la ideología cubana una fluctuación; a veces parece duramente stalinista, otras se advierte como *necesidad* la realización de la democracia leninista.



Respondiendo a las críticas en el sentido de que no había convocado a elecciones presidenciales ni parlamentarias, Castro afirmó, en la *Primera Declaración de La Habana* que había que volver a la práctica de la democracia directa y ese mismo documento afirma que fue aprobado por la Asamblea General Nacional, por el pueblo reunido en una plaza pública en "uso de las potestades inalienables que dimanaban del efectivo ejercicio de la soberanía expresada en el sufragio *directo, universal y público*".²³

Nada, pues, de parlamentos, ni de juego de partidos que difieren la voluntad popular, nada de escrutinios secretos; en forma pública reunido el pueblo físicamente aprueba las directrices generales de la revolución. Pero suponiendo que estas reuniones sean libérrimas, ya la administración en detalle de la construcción socialista no puede efectuarla la Asamblea General Nacional. Aquí es donde entra la vanguardia partidista, el Che es suficientemente elocuente al respecto: la masa conoce los valores nuevos, pero "insuficientemente", el partido en cambio los comprende con claridad; la masa sólo ve "a medias" y debe ser sometida "a estímulos y presiones de cierta intensidad". Se trata de la dictadura del proletariado, pero más radical que la enunciada por Lenin, de una "dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también individualmente, sobre la clase vencedora".²⁴

¿Qué significa esa fórmula? Está cargada, creemos, de significaciones contradictorias. Por un lado la autorrepresión de la clase vencedora adjudica la dictadura ya no a una clase sino a un grupo dentro de ella. Este grupo puede ser mayoritario o minoritario, pero la forma de su integración resulta vaga; es por "selección natural", dice el Che Guevara. Por otro lado, la misma fórmula amenaza a cualquier grupo o clase que quiera considerarse como privilegiado en relación al resto de la población. Al mismo tiempo que entraña una represión a la burguesía previene contra la formación de grupos privilegiados. El Che describe de la siguiente manera a la sociedad revolucionaria cubana: "En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la *selección natural* de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción".²⁵

De cualquier manera, *alguien* es el que tiene que adjudicar premios y castigos y sobre todo quien tiene que decidir quién cumple y quién no cumple. Querer sustituir este alguien por un conjunto de formas institucionales es querer evadir, sobre todo, la experiencia soviética. Al parecer, la funcionalidad del "culto a la personalidad" residiría en la existencia de una figura prestigiosa *por encima* de las disensiones de la clase dominante. Con autoridad suficiente para castigar a los que se arrojan privilegios o a

los negligentes, pero al mismo tiempo lastrada por el hecho de que ella representa el máximo privilegio y es, por eso, la contradicción viviente.

Pero tanto Ernesto Guevara como Fidel Castro comprenden que el único modo de no perderse en este laberinto es propiciar la intervención de las masas en los procesos de la producción y en la política. Y a este respecto se presentan varios problemas. Guevara señala, por ejemplo, que "falta una conexión más estructurada con la masa". Cuando el gobierno lanza una iniciativa se sirve de un "método casi intuitivo" para auscultar las reacciones generales ante los problemas planteados.²⁶ Y, al revés, el burocratismo, o sea el administrador separado del pueblo, aparece en la revolución socialista por la falta de un "motor interno" en las masas, o sea en la ausencia de una conciencia revolucionaria. Otra causa es la falta de organización, la propia inexperiencia administrativa que produce "disloques", "cuellos de botella" que frenan las corrientes de información que provienen de las bases y las instrucciones u órdenes emanadas de los aparatos centrales; aquéllas toman rumbos extraviados y éstas se traducen en disparates que contribuyen a la distorsión. Y una tercera causa es la falta de conocimientos técnicos necesarios para tomar decisiones justas y en poco tiempo. Las discusiones se vuelven interminables, nadie tiene autoridad suficiente como para que sus opiniones prevalezcan, se configura el "reunionismo", el problema se prolonga indefinidamente, se resuelve por sí sólo o se adopta una resolución inadecuada.²⁷ Quizá el problema más grave sea el de una ausencia de conciencia revolucionaria. Curiosamente el que se asoma al panorama de la revolución puede constatar que la conciencia fue más unánime en el periodo de la lucha anti Batista y que lo que dividió a los cubanos fue la adopción del rumbo socialista. En ese sentido habría una analogía con la revolución rusa cuando Lenin llegó a dividir a los revolucionarios al plantear la necesidad del socialismo.

Muy recientemente, el pasado 26 de julio, a propósito de la zafra de diez millones de toneladas, Fidel Castro atacó nuevamente a la burocracia cubana y se incluyó él mismo en ese ataque. "Nosotros, los dirigentes de la Revolución, hemos costado demasiado caro en aprendizaje. Estamos pagando caro la herencia de nuestra ignorancia." Consideró la posibilidad de que el pueblo designara otros dirigentes sustituyéndolo a él mismo. Señaló cómo la zafra había afectado la producción de artículos de primera necesidad como la carne, la leche, el pan, los vegetales, el tabaco, la ropa, etcétera. O sea, que la acumulación primitiva socialista de la que hablábamos al principio de este artículo se agrava por los errores de la administración. "Ya no es posible dirigir una producción social, añadió, solamente con un consejo de ministros. Es necesario crear nuevas estructuras... Tenemos cierto subdesarrollo entre los dirigentes." Y la solución a todo esto es una mayor intervención del pueblo; recomendó la creación en las fábricas y



empresas de "organismos colectivos" representativos de los trabajadores.²⁸ Y todavía más recientemente ha exhortado a la formación de *sindicatos*.

Algunos observadores han interpretado estas declaraciones como un reconocimiento por parte de Fidel Castro de su fracaso como caudillo motor de la revolución cubana. El habría sobreestimado su papel en la sociedad posrevolucionaria. Pero, por todo lo dicho anteriormente, es posible comprender que la autocrítica de Castro no es más que una etapa del desarrollo del socialismo cubano y mundial. Las organizaciones colectivas o los sindicatos propuestos no serían otra cosa que esas formas institucionales proyectadas por Guevara. Y Castro y todo su equipo dirigente estarían atrapados en esa dialéctica contradicción planteada entre los ideales democráticos leninistas y el dirigismo staliniano. Una vez imponiendo lineamientos muy rígidos como la zafra de los diez millones, fortaleciendo con ese sólo hecho el dirigismo y el centralismo, y otras llamando a los trabajadores para que liquiden los privilegios y

las ineptias burocráticas, Castro se movería en el difícil filo de una de esas contradicciones que los teóricos marxistas llaman no-antagónicas, porque, según ellos, pueden ser superadas sin explosiones revolucionarias.

Y por último, cabe aclarar que el señalamiento de todos estos problemas del leninismo y del socialismo cubano se debe tomar no como una simple exégesis histórica; el socialismo necesita desmitificarse y el análisis de la experiencia socialista, por eso mismo, no se tiene que hacer con espíritu escolástico, sino con el ánimo de encontrar contestaciones a preguntas insistentes relativas a nuestras inmediatas posibilidades.

NOTAS

1 Bertrand Russell: *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, p. 40.

2 Citado por N. Kruspskaia: *Lenin*, México, Fondo de Cultura Popular, 1970, p. 246.

3 V. I. Lenin: "¿Qué hacer?". *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1970, t. 1, p. 137.

4 Lenin: *op. cit.*, p. 137.

5 Ernesto Che Guevara: *Obra revolucionaria*, México, Ediciones Era, 1968, p. 507.

6 Guevara: *op. cit.*, p. 508.

7 Lenin: *op. cit.*, p. 142.

8 Guevara: *op. cit.*, p. 509.

9 Fidel Castro: *La Revolución Cubana*, Buenos Aires, Editorial Palestra, 1960, p. 149.

10 Castro: *op. cit.*, p. 302.

11 Roberto Fernández Retamar, Roque Dalton, René Depestre y otros: 10 años de la revolución: el intelectual y la sociedad", *Casa de las Américas*, núm. 56 (septiembre octubre de 1969, La Habana), pp. 8-14 y ss.

12 V. I. Lenin: *Las tesis de abril*, Moscú, Editorial Progreso, 1966, p. 12.

13 Lenin: *op. cit.*, p. 13.

14 Guevara: *op. cit.*, p. 627.

15 José Martí y Fidel Castro: *De Martí a Castro*, México, Editorial Grijalbo, 1970, p. 152.

16 Martí y Castro: *op. cit.*, p. 152.

17 "Informe de la Delegación Cubana de la primera Conferencia de la OLAS." *Revista Política*, 1-14 de septiembre, México, 1967, pp. VIII. y ss.

18 Castro y Martí: *op. cit.*, p. 153.

19 "Informe...", p. X.

20 V. I. Lenin: *El Estado y la Revolución*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1966, p. 42.

21 Lenin: *op. cit.*, p. 60.

22 Herbert Marcuse: *El marxismo soviético*. Madrid, Alianza Editorial, 1967, p. 94.

23 Martí y Castro: *op. cit.*, p. 115.

24 Guevara: *op. cit.*, p. 632.

25 Guevara: *op. cit.*, p. 632.

26 Guevara: *op. cit.*, p. 629.

27 Guevara: *op. cit.*, pp. 546 y ss.

28 Diario *El Día*, México, 27 de julio de 1970, núm. 2913.

